

EL SENTIDO DE LA NATURALEZA

Alguno de los escritos de diversos autores en los campos cultural y científico que he leído últimamente muestran algunos aspectos que se refieren al sentimiento de que la naturaleza como una entidad con “vida propia” en el sentido de que esta constituye una entidad de rango superior al individuo pero en continuo equilibrio con él.

Durante mucho tiempo en la antigüedad, el hombre tenía una idea de la naturaleza de este tipo. Una prueba de ello es hasta que punto se vinculó la naturaleza a las divinidades, o bien a la inversa, de cómo las divinidades representaban el conjunto de la naturaleza o partes de ella. Esto ocurrió, en la civilización occidental, y aún sigue ocurriendo en otras civilizaciones.

Desde nuestro punto de vista actual esta puede parecernos una idea ingenua o ignorante, pero esta idea de divinización de la naturaleza no es sino una forma de entender que el cosmos tiene “sentido” o bien, como diría un griego “logos”. En el caso de algunos sentimientos religiosos como en el cristianismo se apela en este sentido al concepto de “transcendencia”. El “sentido” de las cosas no es sino su puesta en conexión con todas las otras cosas, o dicho de otro modo, el papel que cada pieza representa en el conjunto del engranaje universal. Por tanto la palabra “lógica” no es sino el conjunto de concatenaciones que vincula cosa a cosa o un término al siguiente término. Visto de este modo, no parece tan contradictorio el talante espiritual con el científico-lógico.

El humanismo y la ilustración nos mostraron que solo el ser humano con su habilidad para la comprensión de la naturaleza y su capacidad de razón estaba en condiciones de poder garantizar su propio bienestar.

Desde que el hombre cuenta con eficientes y muy sofisticados mecanismos de control de la naturaleza, este ha secularizado al medio natural y ha hecho uso de una inmoderada soberbia para, sin el menor recato, someter a la naturaleza con fines de mera explotación de la misma y para único provecho del hombre. Esta antropología egocéntrica no ha hecho sino alterar el citado equilibrio porque no entendemos al hombre como integrado en un ciclo sino como fin último. El hombre cree haberse emancipado de la naturaleza y de este modo la subyuga y esclaviza.

Es cierto que la actitud del hombre antiguo, en algunos casos, derivaba de una inocencia propia que suponía la carencia de información y que conducía en ocasiones a la asunción de prejuicios, proclamas dirigidas o fanatismos irracionales. Pero creo que debemos recuperar un nuevo tipo de espiritualidad posterior a una digestión inteligente del conocimiento científico e ilustrado. De esta forma, debemos entender que conocimiento científico y espiritualidad no

son incompatibles. Pero si es necesaria una vuelta de tuerca que nos permita dar un paso al frente.

Creo que debemos releer o reinterpretar muchos de los conceptos espirituales, que analizados adecuadamente tienen mucho sentido. Es importante entender que la realidad no es una entidad "objetiva" o independiente y que esta depende enormemente de nuestro grado de conciencia. En función del grado de conciencia con que analicemos o interpretemos las cosas, estas pueden adoptar un significado más limitado o más profundo. La teología nos remite al siguiente ejemplo; si nuestra idea de Dios es la de una figura de madera, entonces cualquier hombre moderno occidental renegará de Dios. Pero a continuación debemos preguntarnos; ¿a que llamamos Dios?, porque si nuestro modelo de Dios es más complejo, entonces nos veremos obligados a recurrir a argumentos de mayor altura para defender su ausencia o existencia. Debemos, por tanto, expandir nuestro grado de conciencia y acaparar la experiencia que nos da la historia para que, desde una perspectiva más amplia, sin descartar a la ligera posicionamientos pretéritos, podamos afrontar un conocimiento más riguroso.

El progreso tecnológico en los últimos siglos se ha vinculado como correlato indisoluble al bienestar del individuo. Hasta el punto en que puede vislumbrarse dicha relación como un paradigma; el de la congruencia entre el progreso tecnológico y el bienestar social e individual. Sin embargo, en los últimos tiempos, podemos percibir como este paradigma tan fuertemente asentado en nuestra conciencia colectiva empieza a dar síntomas de ruptura. O al menos comenzamos a apreciar fallos que suscitan la revisión del mismo. Reivindicamos de nuevo aquí una revisión histórica e intelectual con el objeto de indagar en estas cuestiones.

Arturo Tomillo
Octubre de 2.008